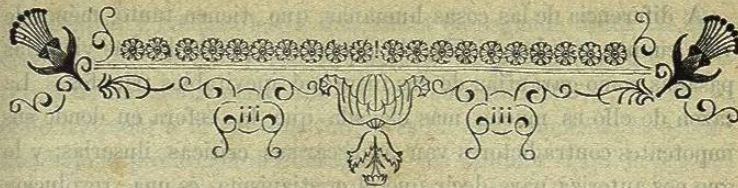




Viuda é hijos de Arango, Editores.

Lit. Llanoy C^o México.

LA S^{MA}. VIRGEN.



LA SANTISIMA VIRGEN.

*Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur
Christus.*

(MATTH. I. 16)

*Beatae me dicunt omnes generationes,
(LUC. I. 16)*

LA Europa debe únicamente al Evangelio el imperio que ejerce sobre los destinos del mundo. Del Evangelio ha sacado su superioridad intelectual y moral, la mansedumbre sucesiva de sus costumbres, la perfeccion de sus leyes, la grandeza de sus instituciones, y hasta la esperanza que tiene en el porvenir. Porque si nosotros pudiéramos caer en la decrepitud, solo seria perdiendo el Evangelio; y si los pueblos mas ó menos bárbaros del Asia, del Africa, de las islas Oceánicas y del Nuevo continente, se sientan algun dia, como no debemos dudar, en el banquete de la civilizacion, será solamente el dia en que aceptarán el Evangelio, para siempre inseparable de todo lo grande que hubo, hay y habrá en el universo.

A diferencia de las cosas humanas, que tienen tanto menos de vida cuanto mas han vivido, el cristianismo puede dar sus victorias pasadas como garantías de sus futuros é inevitables triunfos. La razón de ello es mucho mas elevada que la esfera en donde sus impotentes contradictores van á buscar sus críticas ilusorias: y lo que nos autoriza para decir que el cristianismo es una revolucion definitiva, es la elevacion y la santidad de su principio. Para los creyentes nada hay mas indudable: para los demas, que pregunten á la historia y que juzguen.

En efecto, el cristianismo no fué una renovacion de formas políticas y sociales, ni uno de aquellos accidentes que afectan la superficie de los Estados; renovacion y accidente que empiezan á perder de su prestigio y á retrogradar, desde el momento en que han acabado de producirse. Fué sobre todo un cambio de corazonces, es decir, para cualquier observador reflexivo, una revolucion que viene de un punto superior á la criatura, y que desciende hasta las honduras de la conciencia, último reparo en donde puede atrincherarse la libertad del hombre. Y por esto precisamente es tan radical esta revolucion en sí misma, y tan extensa en sus efectos.

El punto particular sobre el cual es quizá mas fácil estudiar este resultado, es la rehabilitacion de la mujer, tan cruelmente abatida, como hemos visto ya en las naciones paganas, y tan maravillosamente honrada por las naciones cristianas. Este prodigioso cambio no consiste solamente, como de ordinario se cree, en que el cristianismo ha regenerado la conciencia, mostrándole la verdad á la luz del mas dichoso sol, sino que consiste sobre todo en lo que el cristianismo dice de la redencion del hombre por la sangre de un Dios. En virtud de este dogma, la dignidad del alma humana llega á un punto tan elevado, que á tal altura, todas las calidades y todos los defectos del cuerpo, todas las distinciones políticas y desigualdades sociales no tienen mas que una importancia secundaria. Tocada por la sangre divina derramada sobre el Calvario, nuestra naturaleza espiritual brilla con un resplandor

que eclipsa y rechaza hácia una esfera de segundo orden las gracias y las formas del cuerpo; brilla sobre la belleza finida, como al través de miembros marchitos por el sufrimiento. Y, fuerza es el decirlo, solo la fé en esta verdad es la que, poniendo la debilidad bajo la proteccion del derecho, y los sentidos bajo la ley del deber, ha vuelto á nuestras madres y á nuestras hermanas la herencia de su grandeza original y la magnificencia de su destino.

Mas á toda idea corresponden medios prácticos, por los cuales se hace visible y entra en el orden de los hechos. El culto de la Virgen María fué tal vez el mas eficaz de estos medios, escogido por la sabiduría de la Iglesia, y así resulta tambien de la doctrina general del cristianismo, que consagra la supremacia del espíritu sobre el cuerpo, y la sujecion de los sentidos al alma regenerada con el bautismo. Debía á su vez favorecer el desarrollo de la doctrina evangélica acerca de la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí mismo, y trasformar así de un modo tan lento como inevitable, primero la familia y en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido precisamente, y ninguna lengua mortal puede decir todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de María, esposa de un carpintero de Nazaret, superior á las mas ilustres mujeres por el resplandor de sus virtudes, igual á la mas pobre por la humildad de su condicion, mas pura que todas las vírgenes de quien es el modelo y la patrona, mas compasiva que todas las madres, de las cuales es la protectora y el sostén.

Desde que la voz del Eterno resonó en las majestuosas soledades del Eden, diciendo al reptil maldito, que una mujer le aplastaria la cabeza bajo sus plantas, empezó ya á correr la tradicion entre las razas antediluvianas, que una virgen hermosa y pura como la luz, repararia en su divino alumbramiento el mal que habia hecho la primera mujer. »Esta tradicion consoladora, dice Orsini en su *Historia de María*, que sostuvo las esperanzas de una raza decaida, no se borró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Senaar..... Y

aun cuando más tarde la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Virgen y del Mesías resistió casi sola á la accion del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, perdidas entre las fábulas del politeísmo, como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fué en otro tiempo la grande Babilonia."

»Recórrase en efecto, continúa el feliz historiador de María, desde el Norte al Mediodía y desde el Oriente á la Aurora, las diversas regiones del globo; regístrense los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Virgen Madre en el fondo de casi todas las teogonías."

En efecto, en el Thibet, en el Japon y en una parte de la península oriental de la India, en la China, los Lamas, los Druidas, los Bramas, los Macénicos en el Paraguay, en todas las tradiciones, en todas las creencias se halla una ninfa, una mujer, una vírgen con todas las gracias de la inocencia y del candor, fecundada con los rayos del sol ó con el contacto de una flor para concebir y dar á luz el gran Legislador del universo. Y continúa despues por corolario esta observacion importante: »Reúnanse los trozos esparcidos de estas creencias adulteradas, y se compondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Virgen y de Jesucristo."

Estas antiquísimas leyendas no podian ser trazadas por ninguno de los discípulos ni contemporáneos del Salvador. Los anales de los pueblos las consignan en sus viejas páginas, como un eco casi uniforme de la tradicion primitiva.

Esta criatura, pues, tan esperada de los siglos, debia ser mas clara y expresamente anunciada por los hombres inspirados que conservaban en el pueblo escogido el hilo de sus primitivas esperanzas. Del arpa de David y de la cítara de Salomon debian desprenderse acentos proféticos acerca de la agraciada y pura en el pensamiento de Dios; el santo rey, preferido á la raza de Saul, contempla la virginidad de María y el nacimiento maravilloso del

Hijo de Dios, que vé tan puro como el rocío de la aurora. »Salomon se complace en trazar su imájen con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las *Peris* de Oriente, esas alegres y vaporosas deidades que ocupan los ensueños del pastor de la Arabia." Las mas bellas y graciosas imájenes de la naturaleza se aplican á la celestial hermosura de la amada del esposo. »El la vé elevarse en medio de las hijas de Judá, como un lirio entre las espinas; sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma; sus lábios, semejantes á una cinta de escarlata, son un panal que destila miel; su andar es lijero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte." Elías, el arrebatado profeta, descubre la Virgen prometida bajo la forma de una nube trasparente que se eleva del seno de la aguas para anunciar la vuelta de las lluvias. El estático Isaías mira en sus raptos proféticos á una Virgen que concebirá y dará á luz un hijo por nombre Emmanuel, el cual dado por milagro al mundo, será un renuevo del trono de Jessé, una flor nacida de su raíz.

María es, pues, semejante, segun el mismo historiador, á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad trazó en otro tiempo, tomando rasgos esparcidos en las mas hermosas mujeres de la Grecia. La casta Esposa del Espíritu Santo reunió y reflejó en una persona todo lo que las mujeres mas célebres de la antigua ley habian ofrecido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo juntar la prudencia de Abigail á la resolucion valerosa de Esther. Susana, casta como la flor cuyo nombre traía; Judith, cuya corona de lirios fué manchada por la sangre de Holofernes; Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir todos sus hijos por la ley, todas estas matronas magnánimas cuyos cuadros hemos trazado, si bien con la pálida luz que hace reflejar hasta nosotros la historia de los antiguos dias, no fueron mas que débiles retratos de aquella, que

debía reunir todas las gracias y perfecciones de la mujer y del ángel.

Quando fueron cumplidos los tiempos señalados por la misericordia de Dios, realizó Éste la palabra pronunciada sobre la cuna de la decaída humanidad. »Yo pondré, dijo al tentador, eterna enemistad entre tí y la mujer, y entre tu descendencia y la suya, y ella aplastará tu cabeza,» y la palabra pronunciada despues por uno de sus profetas: »El Líbano con sus cedros caerá; pero nacerá un renuevo de Jossé, y el Espíritu del Señor reposará sobre una flor nacida de entre sus ruinas.» Y en efecto, despues de cuarenta siglos de espectacion, levántase María sobre el horizonte de la Judea. Eva segunda, verdadera madre de los vivientes, llamada á destruir por un alumbramiento divino el crimen y la muerte. Pero María, que fué concebida pura en el pensamiento de Dios desde la eternidad, no podia existir en el tiempo sobre la tierra, marcada con el sello del crimen original que manció á la desdichada humanidad desde el momento en que gimió esclava de la culpa. Y aunque algunos grandes ingenios del cristianismo, amantes de María, hayan pensado y defendido que estuvo sujeta por un momento á la ley general de maldicion, el amor á las glorias de María inspiró á otros talentos no ménos encumbrados, é inspiró tambien á todo el pueblo cristiano y sobre todo á las almas sencillas, que la inmunidad de María, si no era declarada por la Iglesia como un dogma de fé, era un dogma de amor necesario á todo corazon que la ama, y que Dios parecía haber dejado un ligero velo sobre ese punto nebuloso de la historia de su Santa Madre, para que el amor de sus hijos le descorriera, no con la mano temeraria de la persecucion, sino con la modestia afectuosa de un firmísimo asentimiento. Este obsequio ha recibido María en todos los siglos. Este dulce y consolante misterio ha inspirado las mas bellas creaciones de la lira y del pincel; el hombre ha procurado formarse una idea celeste, de un sér puro, perfecto, bellissimo, aéreo, rodeado con la luz de la eternidad; se ha esforzado, por decirlo así, en penetrar lo mas íntimamente per-

fecto que podia residir en el pensamiento divino, espiritualizando las formas de la hermosura material, y creando, en cuanto es dado al hombre, un tipo de inocencia y de beldad que se perdiése en el infinito; y ha producido esas imágenes divinas de gracia y de candor que nos encantan, dando al mágico pincel para trazar la concepcion de María, un poder que no es concedido á la palabra. La cual sin embargo ha agotado sus fuerzas y sus recursos para engrandecer con sus torpes acentos el gran misterio de María. Ved ahí una corta muestra de lo mucho que ha forcejado el ingenio para hablar de María en el pensamiento de Dios.

»La redencion del hombre fué decretada en los eternos consejos de Dios. El mundo debía ser inundado por la iniquidad, y el seno de María era el arca santa en que Dios había de venir á salvar al mundo. María era la Reina á la diestra de Dios, vestida con ropas de oro, como cantó el rey profeta. Corrompida la masa de Adán, inficionada por la culpa del origen, no tocó á María la inmundicia del pecado, al modo de las aguas del Jordan no tocaron al arca del Testamento..... Dios dejó que el torrente de la corrupcion inundase siglos y generaciones; mas le detuvo con su mano poderosa en la plenitud de los tiempos. Y en aquel momento María fué concebida. El Hacedor supremo detuvo el astro del dia: contuvo las ondas de un mar y de un río: sacó flores de la vara seca de Aarón; conservó la zarza en medio de las llamas, á Jonás en las entrañas de un mónstruo, á los tres niños en la hoguera de Babilonia. ¡Gloria á Él! ¿Cómo no detendria el torrente de la culpa para preservar á su madre? El sol eterno fijó en María los rayos de sus gracias desde que empezó á ser. ¡Oh Virgen y Madre! Maldito fué el pensamiento de Luzbel, pues no vió en vos la base de aquella columna que debía unir el cielo con la tierra. Uno de los mas bellos espíritus celestiales debía postrarse á vuestra presencia y adorar en vos la madre de su Criador supremo. Las potestades debían engrandeceros desde el instante de vuestra existencia sobre la tierra: sus liras cantaban ya vuestras glorias bajo las bóvedas eternas, y acataban en

vuestra formacion el pensamiento de Dios. En este pensamiento apareció la Virgen humilde de Israel temblando á la presencia del ángel que la acata. ¡Humildad! ¡no es dado al hombre penetrar su precio! ¡Humildad! ¡tú encierras en tu mérito casi infinito, al mérito de la mayor elevacion del universo! ¡Tú eres el móvil secreto de la redencion del hombre, á quien el orgullo habia hecho caer! ¡Para abatir ese orgullo estuvo presente al Altísimo, ántes de los tiempos, la humildad de María!

Albricias, que el albo día

Asoma entre luces bellas,
En que la Aurora María
Electa entre las doncellas,
Mas pura que las estrellas,
Va en la tierra á despuntar.

¿No veis el general grito?

¿No oís el himno de gloria?
En ese día bendito

De júbilo y de victoria,
Y de tan dulce memoria,

¿No oís el cañon tronar?

Antes que el mundo la viera,
Apénas fué concebida,
La que el Eterno escojiera
Fué de gracia revestida,
Y ántes de gozar de vida,
De la inmunidad gozó:

Que jamas ni en su oriente
Sufrió de Satán ultraje;
Ni impreso se vió en su frente
El sello del vasallaje;
Que en su proscrito linaje
Infame culpa marcó.

¡Oh! ¡qué bella! ¡qué agraciada!

Ya desde el materno seno,

Por su criador librada

Del mortífero veneno,

Luce, cual astro sereno

Casta vírgen de Judá!

Eva segunda y mas pura,

Iris de salud riente,

Nuncio de paz y ventura

A su raza delincuente,

De la alevosa serpiente

La cabeza quebrará.

Desde el instante primero

Del cielo placer y encanto,

Al Salvador verdadero

Llevará en su seno santo,

Enjugando el largo llanto

Del linage pecador:

Y nuestra patria dichosa

Puesta bajo de su imperio,

Celebrará jubilosa

El consolador misterio

Que el pesado cautiverio

En gloria tornó y amor.

María, pues, es el nombre de la criatura privilegiada que por su belleza interior y el encanto de la mas alta virtud, debía fijar las miradas del Criador, y ser despues su madre en el tiempo. Por esto fué santificada ántes de nacer, al modo que se ponen poderosos cimientos para sostener un templo inmenso, ó como se adornan los palacios en donde han de habitar los príncipes. Hemos visto ya que Joaquín, de la tribu de Judá y de la raza de David, y Ana, á quien se erce de la tribu de Leví, fueron los padres de María. Toda la antigüedad eclesiástica ha glorificado el

nacimiento de María, y desde los mas remotos siglos la Iglesia la celebra con una fiesta especial que se ha fijado en el 8 de Setiembre. Y aun mucho mas, se ha instituido la fiesta de la Concepcion, como para apresurarse á rendir homenaje á la grandeza de María desde que ella comienza á ser, no pudiendo manifestar ya de un modo mas expresivo cuanto se quiere encomiar y exaltar á la Madre ilustre de un Dios oculto. Nuestra patria no queda por cierto rezagada en tan gloriosos esfuerzos, y el dia en que la Iglesia universal celebra la inmunidad de la Virgen de todo pecado desde el primer momento de su sér, es para los hijos de España un dia de júbilo y una fiesta de familia.

Cuando nació María, el cetro real de Judá estaba en manos de un extranjero, segun habia predicho Jacob: y su patria fué Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea, poco distante del monte Carmelo. María, como vimos ya, fué el premio destinado á unos padres santos, despues de la larga esterilidad de una madre resignada, á quien su esposo, léjos de darle letras de divorcio, como era de costumbre autorizada por la ley, la conservó á su lado, para ejercitarse juntos en las mas sublimes virtudes y adorar los designios soberanos de la Providencia.

La cuna de María fué pobre, como debia serlo la de su Hijo divino. La oscura condicion de sus padres, aunque de sangre real, no permitia cubrir á la recién nacida con las ricas púrpuras de Tyro ni con el oro de Arabia, ni rodearla de la gala y esplendidez de los príncipes hebreos. La sencillez de la cuna de María era ya un símbolo de su humildad, y un prenuncio de la indigencia que debía rodear la cuna del Salvador del mundo. La santa Madre trasportada de júbilo por su alumbramiento, é inspirada á lo ménos vagamente, con una prevision celeste de los grandes destinos á que seria llamada su hija, se deshizo en gracias al Señor por aquel inestimable presente; y en sus éxtasis de gozo, entonó un canto de reconocimiento que nos ha conservado la tradicion, y que pinta enérgicamente la alegría de una madre.

Cantaré á mi Señor fiel alabanza
Porque propicio visitó á su sierva;
Y quitando el oprobio de mi seno,
Enmudeció las viperinas lenguas
De mis contrarios, que al mirarme estéril
Sin piedad me arrostraban esta afrenta.
Dios me dió fruto de justicia santa,
Fruto fecundo en gracias y grandezas,
Que crecerá en espléndidas virtudes,
¡Oh poderoso Dios, á tu presenciam
Quién á los hijos de Ruben, pasmados,
El primero dará la feliz nueva
Que Ana, encorvada al peso de los años,
Una niña en sus pechos alimentó
Escuchad, escuchad, ¡oh doce tribus
Del pueblo de Israel, cuál Dios ostenta
Hoy en mí su poder; la estéril Ana
Al fruto le nació su leche presta!

En el nacimiento de María recibe el mundo, sin saberlo aún, este presente de la gracia, y es el dia en que nace nuestro gozo y el prenuncio de nuestra salud. El momento en que la Virgen vió la luz del dia, nos anuncia el objeto de nuestros deseos. El Hombre Dios va á venir, y el seno que ha de encerrarle palpita ya entre pañales. El Dios de toda gracia preside al nacimiento de aquella á la que escogió por Madre suya en su eterno pensamiento. El sol de justicia baña ya con un rayo de púrpura la casa que debe habitar, y de la cual va á salir para visitarnos. ¡De qué radiante luz no resplandece este vaso fulgurante de gloria que Dios se destina para sí mismo! ¡Cuántos prodigios ocultos en su corto recinto! ¡Esta nubecilla que se levanta dará una lluvia tan abundante que limpiará el mundo! Niña llena de bendiciones, colmada de gracias, toda pura y sin mancha, esfuerzo del poder supremo de Dios y símbolo de todas sus bondades, ¿qué sería de

la tierra sin tí? Tal vez el Omnipotente hubiera arrojado á un nuevo abismo la raza prevaricadora, sin la idea eterna de la reparacion que por tu medio va á lograr el mundo! ¡Tú respiras ya en la atmósfera envenenada de la proscrita tierra, y todo es puro al rededor de tí. ¡Arca de Alianza! en tí se encierra la esperanza del mundo en el inmenso naufragio de la culpa y del dolor. ¡María ha nacido! Los justos, las almas puras tienen reina. Dios Hombre y los hombres tienen madre: sí, los tristes hombres tienen la Madre que perdieron en Eva pecadora.

La Iglesia universal celebra con solemne júbilo el nacimiento de María, y hace resonar los templos santos con himnos de alabanza y de amor. ¡Cuán elevada nació María sobre todas las demás mujeres! Madres de reyes ha habido; pero el ser madre de los mayores soberanos, no es ni una condición ni una calidad esenciales; en serlo hay una dicha y una gloria, y nada más, pues las que la fortuna destinó á este supremo rango, hubieran podido vivir sin ser madres, y sobre todo, madres de reyes. Pero María no podía nacer si no hubiese debido ser madre, y nunca hubiera sido madre si no hubiese debido ser madre de Dios. ¿Qué traemos nosotros acá en la tierra? La corrupción en herencia y pasiones, cuyo fuego no deja de circular en nuestras venas. Apenas salidos de la cuna, cuando el orgullo nos tiende la mano y pone sobre nuestra frente su pesado yugo. Mil defectos le vienen en ayuda para desgarrar nuestra alma de esclavo, y emponzoñar nuestros más nobles pensamientos. María al contrario, se presenta sobre la tierra como soberana, como reina de los ángeles, pues por ella van á ser llenadas las sillas que dejó vacías la rebelión: de los patriarcas y de los profetas, pues ella verificará sus oráculos; de los apóstoles, dando al mundo el legislador cuyo Evangelio deben ellos anunciar; de las vírgenes y de todos los santos, pues ella nace coronada ya de la inocencia y vestida de la justicia.

Después de nueve días del nacimiento de María, su padre le impuso nombre, como era costumbre hacer entre los hebreos. He-

mos dicho ya lo que significaba el nombre de *Miriam* (María) el cual se traduce en siríaco por dama, señora ó soberana, y que significa en hebreo estrella del mar. Este nombre es ya por sí solo un prodigio, el nombre más bello, más dulce, más poderoso que haya recibido criatura alguna; nombre que, brillando desde la eternidad en el pensamiento de Dios, ha pasado y va pasando por entre los siglos y las generaciones de la tierra como un rayo perenne de esperanza y de amor entre las borrascas de la vida, y entre las penas y dolores aun más profundos del corazón.

Parece que la madre de María la ofreció al templo después de los ochenta días de nacida, término prefijado por la ley para la purificación solemne de la madre de una hija, y la presentación de su primogénito. Esta ceremonia legal, en la que hizo Ana la ofrenda del pobre, que eran dos tortolillas, no fué más que el exacto cumplimiento de un deber religioso; pero entonces fué cuando los dos esposos contrajeron el empeño de volver su hija al templo y consagrarla enteramente á su servicio, luego que su tierna razón se lo permitiese; y según la opinión más recibida, María fué presentada al templo en la edad de tres años, y allí, prevenida de particulares bendiciones, se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo es el que ha querido perpetuar la Iglesia, al instituir la festividad de la presentación, fijada á 21 de Noviembre. Esta fiesta, celebrada en Oriente desde el siglo IX, no se estableció en las Iglesias occidentales hasta el siglo XVI, á instancias de Felipe de Maizieres, embajador de Chipre cerca de la Santa Sede, el cual interesó vivamente á Gregorio XI para el rezo solemne que se usaba en Grecia en la presentación de la Virgen María.

Esta solemnidad de presentarse la futura madre de Jesucristo á la casa de la oración, se verificó sin la vanidad del fausto, pero con el aparato conveniente á los altos destinos de la presentada. Asistieron al acto gran número de funcionarios del rey, fariseos, doctores y damas ilustres que la Providencia había reunido como por casualidad bajo el pórtico de Salomón. Empezó la función por un sacrificio y los sacerdotes y levitas recibieron de manos de